

Dejar constancia¹

Por Rubén Chababo²

¹ Exposición realizada durante el panel inaugural del III Encuentro “Archivos y derechos humanos: el archivo y el testimonio”. Buenos aires, septiembre de 2009.

² Rubén Chababo es Profesor en Letras por la Universidad Nacional de Rosario (1987). En los últimos años ha centrado su atención en la investigación de literatura testimonial en torno a situaciones y experiencias concentracionarias. Ha dictado cursos de reflexión en torno a la complejidad de la transmisión de la experiencia concentracionaria en instituciones educativas y participado en proyectos de investigación sobre problemáticas referidas al genocidio tanto en el país como en el extranjero. Es miembro de la Comisión Asesora Permanente para los Derechos Humanos del Concejo Municipal de Rosario. Desde enero de 2003 dirige el Museo de la Memoria de la ciudad de Rosario, dependiente de la Secretaría de Cultura y Educación de la Municipalidad de Rosario.

Tengo en mis manos un libro que es sinónimo de lápida. Se titula *"La tierra es del Señor"* y fue escrito por Abraham Yehuda Heschel en 1950, a solo cinco años de terminada la Segunda Guerra Mundial. El libro es un mapa fragmentario, arbitrario, si se quiere caprichoso, de los recuerdos acerca de lo que la región de Europa Central era o fue antes de que la Gran Hecatombe tuviera lugar allí. El libro de Heschel viene acompañado de pequeñas estampas en las que la imagen recrea aquello que la escritura dice o cuenta. Ningún libro escrito después de la Gran Guerra ha logrado condensar para mis sentidos íntimos la idea de destrucción que el libro de Heschel logra plasmar. Sin eufemismos, sin nostalgias exageradas, el lector que se adentra en esas páginas tiene la posibilidad de habitar los paisajes desaparecidos para siempre. No me refiero a los paisajes naturales que diseña la tierra, la luz solar o la reunión de lagos y montañas sino el que conforman y diseñan los seres humanos cuando habitan juntos un territorio.

Con su libro, Heschel logra que veamos, que sintamos, cómo era ese Universo arrasado y que alguna vez fue el centro nuclear donde forjó su vida una comunidad que ya no existe.

Los libros, la letra escrita, las palabras, son, paradójicamente, lo único que nos deja la barbarie entre las manos. Y voy a explicarme, no es que los proyectos de exterminio no tengan temor a la letra escrita, no es que los proyectos de exterminio no hayan visto desde siempre a las bibliotecas donde se acumula el saber de una comunidad como una zona de peligro, muy por el contrario, es la escritura uno de los objetivos centrales sobre los cuales se descarga todo proyecto de exterminio, sino que lo que quiero destacar es que después, una vez que la matanza ha acontecido, cuando ya las ciudades y aldeas, cuando los cuerpos son pura ausencia, cuando las bibliotecas y los periódicos han sido convertidos en ceniza, cuando los desiertos arden porque la tierra ha sido vulnerada, solo queda la palabra humana como último y casi único lugar que puede dar cuenta del impacto dejado por la barbarie.

Me viene a la memoria una escena de la cual fui testigo hace ya años. Fue en el sur de Perú, en una ciudad cercada por la selva, cerca de Ayacucho. Pocos meses atrás un grupo de encapuchados había incursionado en esa población y había terminado con la vida de casi todos sus integrantes. A un costado de la ruta por donde pasaba mi colectivo, un grupo de hombres y mujeres hacía fila frente a un hombre que tecleaba a duras penas sobre una desvencijada máquina de escribir. Cuando pregunté quiénes eran, me explicaron que eran los únicos sobrevivientes de esa matanza y que ahora habían juntado valor agrupándose frente a un notario, que habían mandado desde Lima, para dar su testimonio de lo que les había pasado. Su aldea ya no existía, muchos de ellos habían tenido que emigrar a poblaciones cercanas, habían perdido sus casas, sus hijos, sus cosechas, sus maridos y vecinos y la única posesión que les había quedado era el recuerdo latiendo en un lugar invisible entre sus ojos y su alma y la necesidad de contar pulsándole la lengua. Mirando esa escena pensé en el valor insustituible de la palabra humana, en ese carácter maravillosamente mágico que ella posee y en su capacidad infinita que

permite, cuando es enunciada, volver a reconstruir desde la nada lo que los perpetradores se han llevado: árboles, casas, rostros, miradas, gestos, historias.

Me quedé observando a ese grupo de sobrevivientes preguntándome por qué hacían lo que hacían, por qué se empeñaban en hablar y decir si ya nada tenían y era más que improbable que el Estado les brindara alguna reparación por lo padecido. Sus seres queridos no volverían de la muerte y sus huertos habían sido irreparablemente diezmados, porque para ellos esa comarca era ya tierra maldita. Sin embargo, al mirarlos, no pude dejar de pensar en el valor que las palabras poseen, en el poder rector que ellas tienen: al relatar, al contar, al decir “esto me ha pasado” “esto me ha sucedido” esos hombres sabían que ellos, los ausentes, fugarían acaso por un instante de la prisión de éter en el que la muerte los tenía cautivos y, junto con la enunciación de sus nombres, volverían, tal vez por un instante, las formas que alguna vez tuvieron sus casas, sus templos, los caminos que unían sus moradas con sus lugares de cultivo, el territorio puro que alguna vez habían habitado y compartido en vida.

¿Cuántas veces a lo largo de los últimos decenios se han repetido escenas como éstas en territorio americano? ¿Cuántas veces de las que no he sido testigo ha habido la voluntad de hombres y mujeres de juntarse para decir: yo he visto, esto me ha pasado, así ha ocurrido? Lo cierto es que en esas ceremonias minúsculas, nada estridentes, se va escribiendo de a poco y despaciosamente un capítulo inestimable del gran libro en contra de la muerte cuyas páginas no tienen otra finalidad que la de dejar constancia, por parte de los vencidos, de un dictamen que debería estar escrito en el friso inaugural de todas las naciones y que debería decir “hay un límite, no todo debe ser posible”.

¿Recuerdan? En mi caso nunca podré olvidarlo. Se trata de una escena de *Shoá*, la película de Claude Lanzman. Es el instante más álgido de las ocho horas que dura ese film que le insumió más de diez años de rodaje. La cámara de Lanzman entra en una peluquería de la ciudad de Haifa. Hay allí un hombre que corta el pelo y que se llama Abraham Bomba. Ahora vive en Israel, pero veinte años atrás de que la cámara entrara a su negocio él cortaba el cabello de las mujeres previa entrada a las cámaras de gas. Lanzman pone su cámara frente al rostro de Abraham Bomba y le pide que hable, que cuente, que diga. Pero ninguna palabra sale de su boca. Lanzman insiste, entonces el peluquero empieza a ofrecer un relato deshilachado de su experiencia como peluquero y se quiebra, le pide a Lanzman que apague la cámara pero Lanzman desoye el ruego mientras le dice “Es necesario que continúe”. Y entonces Abraham Bomba prosigue a duras penas su relato fúnebre acerca de cómo le cortaba los cabellos a las mujeres de Minsk, a las muchachas de Lodz, a las muchachas de Varsovia. Todo eso un instante antes de la muerte.

Ese testimonio de Abraham Bomba, ese discurso partido, vacilante, casi gutural, construido en un debate entre la parálisis de la lengua y la sequedad

de la boca que le permite decir al sobreviviente solo fragmentos de lo que ha visto, esas pocas palabras bastan para hacer que la monstruosidad de esa experiencia histórica no sea deglutida en las fauces del olvido. Sin embargo, la fuerza de ese relato no está en lo que alcanza a decir, sino en el balbuceo de esa lengua que enredada al paladar obtura la posibilidad plena de hacer esplender la palabra testimoniante.

El 8 de diciembre de 1941, durante la deportación de los judíos de Riga, la Gestapo atrapó a Simon Dubnov, el gran historiador de la cultura judía centro-europea. Se dice que sus últimas palabras antes de ser ultimado habrían sido: *shreibn un farshreibn* que traducido significa escriban y consignen. Tantas veces he imaginado esa escena macabra de lo que suponen las deportaciones, y he escuchado relatos impresionantes acerca de la resistencia frente a la orden de exterminio como es el caso de la gran marcha que Janusz Jorchak inicia junto a sus alumnos por las calles de Varsovia. Pero esas dos palabras de Dubnov que la historia cuenta que dijo antes de ser asesinado no pueden dejar de hacerme pensar en la dimensión de su ruego. Escriban y consignen significa, *dejen constancia*, fijen la historia en una letra, denles a estas escenas bárbaras que el paso del tiempo esfumará de manera irremediable, la consistencia de una escritura, construyan archivos, preserven documentos, salven del fuego lo que está amenazado de convertirse en ceniza, impidan que el aire se devore el espesor de la historia.

Pienso en el mandato de Dubnov cuando leo el testimonio de Margarete Buber-Neumann, sobreviviente de los campos soviéticos y también sobreviviente de Ravensbruck, quien en el corazón del Lager hizo un pacto con Milena Jesenska, la compañera de Kafka, prometiéndose que quien sobreviviera a la guerra tendría el deber de decirle al mundo "esto atroz ha ocurrido". Pienso en Simja Guterman quien relató la expulsión de los judíos de Vilna escribiendo en pequeñas tiras de papel puestas en botellas y que fueron halladas cuarenta años después entre las ruinas de la ciudad de Radom. Pienso en el uruguayo Mauricio Rosencoff, que luego de más de doce años de dialogar solo con sus sombras en las letrinas de una cárcel anónima escribe *Las cartas que no llegaron*, una novela alegato sobre las dictaduras latinoamericanas. Pienso en *Yo, el Supremo* de Roa Bastos, donde está presente todo lo que uno puede preguntarse acerca de la atrocidad de las dictaduras, una novela que de algún modo le devuelve la voz a las decenas de miles de anónimos prisioneros que murieron en el musgo y las sombras del dictador Francia. Y vuelvo a pensar en la hilera de indios a un costado de la ruta, de pie, con sus ojos vidriosos, esperando su turno para dejar constancia de lo ocurrido. Y me digo que si hay algo que reúne todas esas escenas dispersas no es otra cosa que la confianza en la palabra como herramienta reconstructora luego del paso de las hordas asesinas.

Todos lo sabemos, porque Primo Levi nos lo ha enseñado, que es imposible conocer la dimensión absoluta del horror porque los que lo han visto de frente tienen su lengua atada al asombro y no han regresado. Pero sabemos también que a esa cita hay que darle un rodeo, que igual, de todos modos, debemos

aproximarnos a nombrar, puliendo el lenguaje incluso hasta la dimensión de lo indecible para cumplir con ese mandato de Dubnov aún a riesgo de no ser absolutamente exactos, aún a riesgo de quedarnos en el balbuceo, en esa guturalidad que el discurso partido de Abraham Bomba tan bien ejemplifica.

Hace unos años atrás llegó a mí un relato. Una de las investigadoras que trabaja en los archivos de la DIPBA (Dirección de Inteligencia de la Policía de la provincia de Buenos Aires) me contó que una Madre de la Plaza de Mayo le dijo que antes de morir quería legar a ese archivo un material acaso menor, íntimo, silencioso que ella había ido acuñando a lo largo de estos últimos 30 años de vida. Ese material no eran ni fotografías, ni documentos oficiales, sino una caja de zapatos donde ella había ido guardando los boletos de tren utilizados en sus viajes semanales de los días jueves entre la ciudad de La Plata y Buenos Aires y a cuyo dorso había ido registrando, en letra minúscula, el devenir de su alma en el corazón de un tiempo signado por la incertidumbre. La intención de la mujer no era otra que la de resguardar en algún sitio esos detalles íntimos de su vida con la esperanza de que alguien, mañana, en un futuro no muy lejano, pudiera acercarse a leer e interpretar esa sintaxis minúscula y a través de ella comprender la silenciosa fragua de una vida dedicada a la espera de una respuesta y al deseo de encontrar una verdad que consolara su alma dolorida. ¿No son esos pequeños pedazos de papel ajados por el paso del tiempo un capítulo nuevo del libro de Heschel? ¿No son esos papeles, junto a la imagen de esa fila de indios a la vera de la ruta, un pliegue más de ese infinito afán testimonial, que a su vez no es otra cosa que ese combate contra el olvido y el silencio que nos reclamaba Dubnov?

Los exterminios, todos los exterminios, a pesar de desplegarse sobre comunidades y geografías diversas, poseen una sintaxis común que se estructura en torno a la idea de desprecio por el otro. Juan Gelman logró atrapar poéticamente esta idea en un libro llamado *Composiciones*, una maravillosa reunión de textos poéticos en los que, para hablar del estrago del exilio y la muerte, aquí en el Río de la Plata apeló a la memoria acuñada en la poesía hebraico-española del siglo XVI. En esa poesía, los sobrevivientes, los hijos y descendientes de la gran expulsión de España, dejaron constancia de ese acontecimiento devastador, tallando sobre la página blanca las huellas de sus Toledos, de sus Córdoba y Sevilla convertidas de la noche al día en ciudades yermas. En ese libro del que les hablo, Gelman se apropió de esas voces antiguas de su sangre y las tradujo en clave americana. Quien atraviesa esos poemas lee los efectos de la destrucción producida por nuestros dictadores, el impacto de la maquinaria de muerte diseñada por nuestros Trujillos, nuestros Somozas, enunciados a dúo por la voz del poeta y las de los sobrevivientes de las otras matanzas allá, en España. Son Yehudá Haleví e Ibn Ezra quienes acuden al llamado para que su rima acompañe a los que han quedado cautivos de este lado del Océano.

Se trata de una operación literaria por medio de la cual los muertos de hace cinco siglos son resucitados por el mágico arte de la escritura, llamándoselos para que, desde aquello que sus ojos han visto en un pasado más que lejano

en la historia, den cuenta de esto que no deja de ocurrir y que sigue ocurriendo en el mundo.

Escribir y borrar; decir y callar: todo combate contra la impunidad del poder es una lucha entre lenguaje y silencio.

Mientras no nos expulsen de nuestras propias palabras, nada tendremos que temer. Es cierto esto que dice Edmond Jabés, porque frente a la intemperie de toda devastación, el lenguaje humano cobra la dimensión y la forma de un inmenso refugio, techo bajo el cual las víctimas y sus generaciones sobrevivientes se protegen para amparar y cuidar el recuerdo de lo que les ha pasado. Se acuñe ese recuerdo en libros de poemas, en diarios testimoniales, en cintas de grabación, en pequeños papeles guardados en una cartera. No importa dónde.

No hay exterminio de los cuerpos que no venga acompañado de incineración de letra escrita: allá en la Europa del Medioevo salían por la noche a cazar judíos y no faltaba oportunidad en que los quemaran envueltos entre las páginas del Talmud. Y esto sucedía casi al mismo tiempo en que las huestes de Pizarro y Cortés, de este lado del Atlántico, entraban en Tenotichlán y en el Cuzco y arrasaban con furia sobre el cuerpo real y el cuerpo simbólico de los indígenas americanos.

En su libro *Anotaciones de un viaje a la barbarie*, Juan Goytisolo relata la destrucción de la Biblioteca Nacional de Sarajevo, por parte de los nacionalistas serbios, que tuvo lugar en 1992, exactamente 500 años después de que el Cardenal Cisneros ordenara la quema de manuscritos arábigos frente a la Puerta de Bibarrambia. Actos de *memoricidio* los llama Goytisolo, actos que en nada se diferencian a los que tuvieron lugar aquí, a orillas del Río de la Plata.

Cierro los ojos y veo, hay un terreno baldío, la noche está destemplada y un hombre es obligado a presenciar la destrucción de todos los libros que le acaban de confiscar. Ese hombre se llama Boris Spivakov y frente a él se convierten en cenizas decenas de miles de páginas de la mejor literatura y ensayo contemporáneo. Mientras el cielo de Buenos Aires se opaca, en una prisión cercana Antonio Di Benedetto ruega para que la muerte detenga el sufrimiento al que lo han sometido sus captores.

Sin embargo, y a pesar de la oscuridad de estas escenas que relato, de este compendio apretado del horror a la palabra escrita por parte de los perpetradores, no puedo dejar de relatar una escena de triunfo de la que suelo ser protagonista casi diariamente: a unas pocas cuadras de casa, en una librería de viejo, mes a mes ponen sobre las mesas de saldo colecciones enteras de los libros de Centro Editor de América Latina. Nunca he podido dejar de mirar esos libros como testimonio incuestionable de que la capacidad destructiva soñada por los perpetradores no ha sido completa, de que quienes encendieron esa pira inmensa en un baldío de las afueras de Buenos Aires hace más de treinta años atrás no lograron su objetivo último.

Siempre queda un libro a salvo de las llamas, siempre queda una voz cuando parece que todo ha callado, siempre hay alguien que pone a resguardo la letra escrita, siempre hay alguien que queda para nombrar la barbarie.

“Por mi parte, había tomado la firme resolución de no morir voluntariamente, pasara lo que pasara. Quería ver todo, vivir todo, experimentar todo, recordar todo en lo más íntimo. ¿Para qué, puesto que jamás tendría la posibilidad de gritar al mundo lo que sabía? Simplemente porque no quería escapar de allí, no quería suprimir al testigo en que podía convertirme” anota Hernan Langebein en sus memorias concentracionarias.

“El testimonio no representa en sí mismo la verdad histórica. Es un fragmento de la verdad, una fuente, que como cualquier otra, necesita ser interpretada. El testimonio es narración desfasada temporalmente de la vivencia, es decir, se inscribe en un régimen distinto al de la percepción, se inscribe en el régimen de la memoria, y en el de la palabra” dice Alejandra Oberti en su trabajo dedicado a pensar la relación entre memoria y testigos. Así, siguiendo a Agamben, la autoridad del testimonio no consistiría en que el mismo garantiza la verdad factual del enunciado, sino la imposibilidad de que éste sea *archivado*. Su permanente posibilidad de reformulación –su vitalidad– es lo que hace del testimonio, y con él de los testigos, una fuente irrenunciable de relatos en el proceso de comprender los sucesos del pasado.

Es decir, frente a la amenaza posible y real de la amnesia, el testimonio ocuparía el lugar de esa inquietante piedra de toque que niega la posibilidad de la clausura del pasado. Mientras el testimoniante habla, el pasado transforma los paisajes consagrados, mostrando su compleja heterogeneidad y su difícil adecuación a una versión única. En *La casa de los conejos*, una de las novelas de sesgo autobiográfico más inquietantes aparecidas en los últimos años y que hace centro en la última dictadura, Laura Alcoba hace un viaje de retorno, uniendo París con la ciudad de La Plata, para reconstruir la casa de la infancia que fuera arrasada por las fuerzas represivas. Un ajuste de cuentas con su pasado que desafía el límite de ciertas audibilidades. “Madre, dónde estabas en mi infancia mientras transcurría tu sueño” pregunta la hija obligando al lector a leer el paisaje de los años setenta como un territorio en el que la orfandad diseñaba un rasgo bastante común entre los hijos de la militancia. No hay recuerdo áureo en esas palabras, ni condescendencia alguna para con la generación paterna. La versión que la hija ofrece de aquel pretérito vivifica el espesor de un recuerdo que había quedado sepultado, archivado, a lo largo de los años y cuya exhumación en clave literaria nos impulsa a leer en otras claves, con otros presupuestos, eso que algunos llaman versiones consagradas del pasado militante.

En una entrevista de 1964 en la televisión alemana, Hannah Arendt respondió al entrevistador que preguntaba qué era lo que, según ella, quedaba de la Europa del período pre-hitleriano en que había vivido: la autora respondió: “¿Qué queda? Queda la lengua materna”. Un resto, podríamos decir nosotros, un fragmento de ese todo que tenía las formas de un Universo.

¿Qué es una lengua como resto? ¿Cómo puede sobrevivir una lengua a los sujetos y, por añadidura, al pueblo que la hablaba? ¿Y qué significa hablar en una lengua que resta? En ese resto, podríamos decir nosotros, en esa ruina del decir, habita la posibilidad de trazar la forma de una grieta a través de la cual entrever, entre otras cosas, el rostro de los ausentes.

Los ausentes puján su presencia, su testimonio de haber alguna vez habitado el mundo, cuando ese resto de los que lo han sobrevivido los trae devuelta a la vida o cuando en su propia voz nos dan a conocer la dimensión que tuvo el infierno al que nosotros, por suerte, no ingresamos. Del mismo modo en que lo hace Paul Celan con su *Todoesfuge*, que hila la lengua aprendida en los bosques de la Bukovina con el relato inquietante de esos cuerpos que cavan fosas en el aire mientras la ceniza y el oro mecen los cabellos de la bella sulamita.

Hacia finales de los años noventa Munú Actis, Cristina Aldini, Liliana Gardella, Miriam Lewin y Elisa Tokar, sobrevivientes de la ESMA, se reunieron en torno a una mesa para comenzar a desgranar las formas de un recuerdo astillado, fragmentario, que necesitaba de la voz de unas y otras para alcanzar el cuerpo consistente del relato. Compusieron así un testimonio hecho de puro resto, de puro fragmento de memoria en el que aparecen, como a espasmos, las formas de la vida concentracionaria. Una versión rioplatense de esa *Fuga de muerte*, un decir, aquí hubo *esto* que ustedes quieren negar u olvidar, un acorde que dialoga, sin ellas saberlo, con la voz partida de Abraham Bomba en su peluquería de Haifa.

A través de esas voces, el testimonio rearma la muda vida en los campos, lo decible y lo indecible, lo que nunca pensaron decir y que ahora sienten que no debe ser callado porque callarlo es una forma de entregarlo a la fosa eterna del olvido.

Hablan las testimoniadas y mientras hablan, el país presente muestra su base de puro óseo negado. Son los años noventa y aún no hay demasiados oídos dispuestos para que el grano de sus voces quiera ser pulido por demasiados oídos. Cualquiera de ellas podría haber suscripto esa afirmación de Jorge Semprún cuando dice "El verdadero problema no estriba en contar, cualesquiera que fueran las dificultades. Sino en escuchar ¿Estarían dispuestos a escuchar nuestras historias, incluso si las contamos bien?" Y podríamos preguntarnos nosotros, ¿Qué significa contar bien una historia en la que la lengua parece haber sido sustraída al punto de no saberse aquello que quiere contar?

No estamos solos frente al vacío dejado por los exterminios, de eso debemos estar seguros. Mientras exista voz, mientras exista lenguaje, mientras exista alguien dispuesto a decir "yo he visto", la dimensión de nuestra sensación de orfandad debería reducirse. Esto lo dijo con otras palabras Shakespeare cuando acuñó la idea de que los poetas son los espías de Dios. La cita aparece en su obra *El rey Lear*: "Y nos haremos cargo del misterio de las cosas como si fuéramos espías de Dios", dice más acabadamente la cita. Y ese nosotros son

los poetas, los escritores según Shakespeare. Al autor de Hamlet no le molestará que yo tome esa cita y la utilice como piedra de consuelo frente a la constatación del dolor que se siente luego de los exterminios.

Si Dios no puede observarlo todo, si Dios no puede estar allí donde acontece la matanza, en cambio sí están los escribas intermediando entre el horror y el cielo, aferrando en las páginas la conmovedora historia que de otro modo se esfumaría en el invisible éter. La palabra escrita, la palabra en sí misma, salva del desamparo, porque logra hacer visible, más allá del tiempo, aquello que fue condenado a la invisibilidad más absoluta.

Dónde estarían hoy, en qué memoria, aquellos paisajes íntimos que evoca Heschel en su libro mágico, dónde hubiera quedado, en qué sitio, la descripción exacta de la devoción con que Milena resistía al mal en el corazón del campo si Margarete Buber Neumann no se hubiera comprometido a transmitir su huella hacia la posteridad, dónde quedarían, en qué patria del olvido, los nombres de las aldeas destruidas por el ejército peruano si esos indios pobres no se hubieran decidido a dar fe de que el huracán pasó un día sobre sus casas, quién sabría que toda búsqueda es una entrega y toda entrega una rara amalgama de vida y muerte si esa madre no hubiera guardado la historia de su derrotero entre su casa y la plaza?

Las palabras están allí, están aquí. Con palabras, con lo único o con lo poco que el exterminio nos ha dejado, reconstruimos las formas del pasado que nos fue arrebatado. Por estas palabras que en este comienzo del milenio enunciamos, con cada una de ellas, volvemos a darle vida a lo muerto, insuflándole la fuerza del espíritu que le fue arrebatada a los hombres y a las ciudades luego del paso de los homicidas.

Digamos pues Lea, digamos Sara, digamos Raquel. Nombremos y digamos La Perla, la Calamita, Pozo de Vargas, la Cacha, escribamos y repitamos los nombres de Sarajevo, Buenos Aires, el desierto amplio del sur de Armenia, anotemos en nuestras agendas, en nuestros libros, ubiquemos en nuestros archivos, consignemos como nos pedía Dubnov y grabemos, como se graba la oración bendita sobre el dintel derecho de nuestras casas, el nombre de cada una de las almas y los sitios que nos han arrebatado. Y repitamos esos nombres y las historias que ellos encarnan y hagámoslas conocer a las generaciones venideras.

“No es muda la muerte”, decía Alejandra Pizarnik, “escucho el canto de los enlutados sellar las hendiduras del silencio”. Allí donde nuestros muertos hablan, la vida abunda. Allí donde nuestras ciudades son nombradas, la vida vuelve a bullir.

Deberíamos saberlo: se seguirán llevando mucho de lo que para el género humano es de carácter inapreciable. Nos espera aún ser testigos de nuevas ciudades arrasadas, del exterminio de decenas de comunidades y pueblos. ¿Por qué negarlo?

Sin embargo, y a pesar de este pronóstico oscuro, no deberíamos sentirnos ni desesperanzados ni derrotados, porque *los espías de Dios*, como le gustaba decir a Shakespeare, custodian nuestras vidas.

Miremos nuestras bocas que hablan, observemos nuestras manos que escriben y confirmemos una realidad de peso irrevocable: tenemos a las palabras protegiendo la fragilidad de nuestras almas, tenemos al maravilloso e invisible lenguaje humano haciendo alianza, de nuestro lado.